

En el silencio de la noche

Marián López Fdz. Cao

En el silencio de la noche, la escucha de la vida minúscula toma el relevo a las sordas exigencias que la vigila impone. Escucho: el movimiento de mis hijos en sus camas, los sonidos de sus pies, sus piernas removiendo las sábanas,... alguna palabra balbuceante e inconexa que remite a un sueño. Trato de entender, pero sus palabras vuelven a caer en el embudo del sueño singular, dejándome intrigada, antes de poder comprender apenas su intención. Escucho entonces el sonido del teclado de mi ordenador, mientras escribo: atiendo a mis manos titubeantes, a mi propia respiración acompasada e insomne a un tiempo. Uno de mis hijos respira profundo, calmado, llena el espacio de la casa entera y me reconforta saber que ese sonido es también síntoma de placidez vital. Algún coche pasa lejano, no llueve ni hace viento. Lo escucharía.

Escuchar: atender más allá de lo banal. Escribo la palabra banal, la escucho por así decirlo, la pronuncio en mi interior y otras palabras vienen a mi encuentro formando un vasto campo de resonancias: escucho a Hannah Arendt.

Esta filósofa hace una distinción profunda entre conocer y pensar y señala, como una de las características principales de este último acto, el diálogo interior que todo pensamiento debe llevar consigo, frente al conocer, que no participa tanto del ser que piensa, que se piensa y es pensado. Pensar es activar esa escucha atenta a las fisuras, a las falsas estructuras, a las distorsiones, pendiente de un rasgo de autenticidad y humanidad. El propio proceso de pensar es lento, atento, paciente, complejo, inacabable estado de retroalimentación y crítica.

Conocimiento y cuidado parten de la misma etimología. En gallego, pensar es "coidar". Escucho en mi mente sonidos evocadores de infancia perdida, el faro de cabo Silleiro anunciando galerna. Galicia. Tiene el pensamiento un elemento base de cuidado, en la medida que se deja atravesar, impregnar de lo que no somos, para devenir, parafraseando a San Juan de la Cruz, en lo que somos.

Mientras escribo, mis hijos vuelven a hablar soñando a la vez, no los comprendo. Sonríe. Qué habitarán esos sueños de siete y doce años.

Diferencia Arendt entre trabajo y acción. Entre la actividad que, lejos de escuchar, sólo atiende el fin del sordo proceso automatizado, frente a la acción, como actividad abierta que no tiene ni predefine un objetivo. La acción, como la actividad creadora, se abre ante el espacio en blanco, opera en el desconcierto del no saber, se abre como un conjunto de posibilidades por definir, sin definir. Crear, cuidar, pensar, es atreverse a escuchar. Escuchar los propios miedos ante lo posible no cerrado, ante la libertad. Querer ser libre produce angustia, guiñando a Sartre. Produce miedo cuidar, porque a la par que queremos el bienestar de quien cuidamos, sabemos de su vulnerabilidad, de la nuestra y de la irreversibilidad del mundo. Cuidar es saberse profundamente mortal. Pensar también. Produce miedo crear, porque aunque partamos de un sustrato, definir lo posible es una tarea que ha de vérselas con la duda, la impredecibilidad, lo nuevo y lo antiguo que nos habita, que habitamos. Se cruza nuestra escucha interior y la escucha hacia fuera, y en las distintas capas y estratos conviven las voces antiguas, los relatos, las historias que queremos construir y las que nos han construido. Convive en la escucha el recuerdo del mandato sobrecogedor y la llamada de amor, el temor, la crueldad, aquellos sonidos que repetían nuestro nombre como una orden, junto con aquellos próximos a las nanas, a los sonidos de apego y nido, a los de la ternura. Un amigo que viajaba en los vagones de los trenes de Atocha del 11 de marzo tiene acúfenos. Escucha sonidos que, según me dice, provienen de un archivo extraño, quizá pasado, y despiertos de un letargo, vuelven a vivir o surgen rebeldes en la cabeza de nuevo. No pudo soportarlo durante meses y ahora los educa a permanecer en un segundo plano de atención, adiestrados a no llamar la atención. A hablar bajito. La escucha, por ello, también se modula. Conseguir oír lo más minúsculo, como Pierre Michon, acallar los altos

sonidos que no nos buscan. Afinar el sentido, aprender a oír el sentimiento, hacer el oído al otro, a nosotros, a nosotras, con nosotros.

Amanece. Quiero sentir el futuro abierto como el sonido de las olas llegando, acompasadas, a una playa silenciosa. Todas recogen el pasado hecho trocitos, como la memoria, arrastran conchas deterioradas, piedrecillas. A veces, parece en su sonido pequeño y frágil, que traen cuentas de collar, piedras preciosas, cuando la marea baja.